

## NACIONES, NACIONALISMOS Y CIUDADANÍA EUROPEA

John KEANE

Centro para el Estudio de la Democracia. Londres

### RESUMEN

La relación entre las ideas de identidad nacional, nacionalismo y democracia es el tema central del artículo. El concepto de "nación" en la Edad Moderna, especialmente en la teoría de T. Paine sobre la indisoluble unidad de los conceptos de nación y de gobierno democrático y la doctrina de la autodeterminación nacional del siglo XIX son los puntos de partida para una explicación del nacimiento del nacionalismo, resaltando cómo en la idea original no existía una percepción de la diferencia entre identidad nacional y nacionalismo y cómo se infravalora el potencial antidemocrático de la lucha por la identidad nacional. El autor presenta su tesis de que ya que los mecanismos democráticos facilitan la transformación de la identidad nacional en nacionalismo, la democracia es mejor servida abandonando la doctrina de la autodeterminación nacional y considerando un sentido compartido de identidad nacional como una legítima pero limitada forma de vida. El corolario de esta tesis es que la identidad nacional, un soporte importante de las instituciones democráticas, es preservada mejor restringiendo su ámbito en favor de las identidades no nacionales, lo cual puede reducir la posibilidad de su transformación en nacionalismo antidemocrático. En este sentido el autor señala cómo la emergencia en el contexto europeo de una Ciudadanía Europea puede servir como antídoto contra los peligros del nacionalismo.

### ABSTRACT

The institution of the relationship between the ideas of national identity, nationalism and democracy is the core of this work. The concept of "nation" in the Modern Age, specially in the theories of T. Paine of the indissoluble unity of the concepts of nation and democratic government as the doctrine of national self-determination in the 19th century, are the starting points for an explanation of the rise of nationalism, broaching the original idea that there was not a perception of the difference between national identity and nationalism, democracy is better served if the doctrine of national self-determination is abandoned and if all shared the concept of national identity as a legitimate but limited way of life. The corollary of this thesis is that national identity, an important buttress to the democratic institutions, would be better protected limiting its sphere to identities that are non-national, something which would reduce the probability of turning into an antidemocratic nationalism. In this sense, the author points out that in the context of Europe the emergence of a European Citizenship could serve as an antidote to the dangers of nationalism.

### 1. ORÍGENES EN LA TEMPRANA MODERNIDAD

¿Qué es una nación? ¿Tienen las naciones un derecho a la autodeterminación? Si es así, ¿significa esto que la identidad nacional de los ciudadanos está garantizada de manera óptima por un sistema de gobierno democrático, en el que el poder está sujeto a una disputa abierta y al consentimiento de los gobernados que viven en un territorio perfecta-

mente definido? ¿Y qué decir del nacionalismo? ¿Difiere de la identidad nacional? ¿Es compatible con la democracia? Si no es así, ¿puede su crecimiento ser impedido, o al menos controlado, a fin de garantizar la supervivencia o el crecimiento de la democracia?

Estas preguntas, acuciantemente familiares en la política contemporánea, aunque extrañamente descuidadas en la teoría sociológica contemporánea, tienen sus raíces en la temprana Europa moderna. Con el declive del Imperio carolingio, un nuevo sentido de la identidad colectiva, de la conciencia nacional, comenzó a emerger como una poderosa fuerza social. Este proceso de construcción nacional fue capitaneado inicialmente por sectores de la nobleza y del clero que utilizaron derivados del viejo término latino *natio* para resaltar su dependencia de un lenguaje común y de experiencias históricas comunes<sup>1</sup>. La "nación" no se refería al conjunto de la población de una región, sino sólo a aquellas clases que habían desarrollado un sentido de la identidad basado en el lenguaje y en la historia, y que habían comenzado a actuar de acuerdo con él. Las naciones, en este sentido, eran vistas como productos distintivos de sus propias y peculiares historias.

Desde el siglo XV en adelante, el término "nación" fue empleado cada vez más con propósitos políticos. De acuerdo con la clásica definición de Diderot, una *nación* es "une quantité considérable de peuple qui habite une certaine étendue de pays, renfermée dans des certaines limites, et qui obéit au même gouvernement"<sup>2</sup>. En esta definición el término "nación" describía un pueblo que compartía ciertas leyes e instituciones políticas comunes en un territorio dado. Esta concepción política de "la nación" definía e incluía la *societas civilis* (aquellos ciudadanos que tenían derecho a participar en política y a compartir el ejercicio de la soberanía), y tenía implicaciones fundamentales para el proceso de construcción estatal, cuando las luchas por la participación en el Estado asumieron la forma de confrontaciones entre el monarca y las clases privilegiadas, que estaban organizadas frecuentemente en un parlamento. Estas clases se designaban frecuentemente a ellas mismas como abogadas de "la nación" en el sentido político del término. Ellas insistían, en oposición a su monarca, que eran los representantes y defensores de las "libertades nacionales" y de los "derechos nacionales"<sup>3</sup>. Si el monarca soberano procedía de una nación diferente (como en los Países Bajos durante la guerra contra los Habsburgo de España), entonces tales pretensiones eran agudizadas por otra dimensión: la lucha por las libertades privilegiadas era transformada en un movimiento por la emancipación nacional de una tiranía extranjera<sup>4</sup>.

Durante el siglo XVIII la lucha por la identidad nacional fue ampliada y profundizada para incluir a las clases no privilegiadas. Las clases medias auto-educadas, artesanos,

1. BEUMAN, H., y SCHROEDER, W. (eds.), *Aspekte der nationenbildung im Mittelalter*, Sigmaringen, 1978; BEUMAN, H., "Zur Nationenbildung im Mittelalter", en DANN, O., (ed.), *Nationalismus in vorindustrieller Zeit*, Munich, 1986, y GUENÉE, B., *L'Occident aux XIVe à XVe siècles*, Paris, 1981, capítulo 3.

2. *Encyclopedie*, 17 volúmenes, Paris, 1751-1765, volumen 11, p. 36.

3. El ejemplo del Parlamento inglés durante la época Tudor es analizado por GELTON, G.R., "English national self-consciousness and the parliament in the sixteenth century", en DANN, O., (ed.), *Nationalismus in vorindustrieller Zeit*, Munich, 1986, pp. 73-82. El caso Francés es considerado en BICKART, R., *Les Parlements et la notion de souveraineté nationale*, Paris, 1932.

4. El caso de Holanda es examinado en HUIZINGA, J., "How Holland became a nation", en su *Verzamelde Werken*, 9 volúmenes, Haarlem, 1948-1953, volumen 2, pp. 266-283.

trabajadores rurales y urbanos, y otros grupos sociales demandaron ser incluidos en “la nación”, y esto necesariamente tuvo implicaciones anti-aristocráticas y anti-monárquicas. A partir de entonces la nación incluyó a todo el mundo, no sólo a las clases privilegiadas; se suponía que “el pueblo” y “la nación” eran idénticos. *Los derechos del hombre* de Thomas Paine (1791-92) fue el intento más influyente para “democratizar” la teoría de la identidad nacional<sup>5</sup>. *Los derechos del hombre* ocasionaron agrias controversias públicas sobre los méritos de las monarquías y de las repúblicas, forzaron a Paine al exilio permanente de su Inglaterra natal, perseguido por amenazas de muerte, y condujeron a una persecución general contra él, todo ello por sugerir que toda nación tiene derecho a su propio sistema de gobierno representativo.

Paine había propuesto por primera vez esta tesis durante la revolución americana y varios de sus contemporáneos del siglo XVIII (Vattel y Sieyès por ejemplo) habían explorado, o estaban explorando, el mismo tema. Pero *Los derechos del hombre* examinaron las dimensiones políticas de la identidad nacional con un fuego intelectual sin precedentes. La prosa de Paine ardía con el drama de la revolución francesa. Su acusado optimismo reflejaba también los descubrimientos de la revolución americana: la declaración de los derechos naturales y civiles del pueblo soberano de una nación, incluyendo el derecho a resistir a un gobierno ilegítimo, y el establecimiento de una democracia republicana sobre una base federal completamente nueva. Paine escupió a la corte y al gobierno de Jorge III y advirtió a todos los demás gobernantes monárquicos que el estallido de la revolución en Europa anunciaba una nueva aurora para los principios democráticos. “La monarquía es sólo una burbuja, un mero artificio suntuoso para obtener dinero”, aunque él admitía que el poder pomposo y ávido de dinero de la monarquía atrapaba todavía al mundo en una jaula de guerra y de rumores de guerra. “Hay hombres en todos los países” escribió Paine, “que obtienen su vida de la guerra y de mantener las querellas entre las naciones”. El insistía, sin embargo, oponiéndose a esta tendencia, en que los ciudadanos de todas las naciones, unidos en su amor por la democracia republicana, tenían el deber de desenmascarar la hipocresía fiscal, el fraude y el tráfico de armas de los despotismos monárquicos, entendidos como gobiernos agresivos responsables sólo ante ellos mismos. Y concluía que la lucha por un gobierno representativo (por elecciones periódicas, legislaturas a término fijo, sufragio universal, y libertad de reunión, de prensa y otras libertades civiles) requería el reconocimiento del derecho de cada nación a determinar su propio destino. “¿Qué es el gobierno aparte de la gestión de los asuntos de una nación?”, pregunta. “No es más que eso”, respondía. “La soberanía como una cuestión de derecho pertenece sólo a la nación, y a ningún individuo en particular; y una nación tiene en todo momento el derecho inherente e inderogable de abolir toda forma de gobierno que encuentre inconveniente, y de establecer aquella que concuerde con su interés, sus peculiaridades, y su felicidad”<sup>6</sup>.

---

5. PAINE, T., *Rights of Man. Part First y Rights of man. Part Second*, en FONER, P.S., (ed.), *The Complete Writings of Thomas Paine*, New York, 1945, pp. 243-458.

6. *Rights of Man. Part First*, en FONER, P.S., *The Complete Writings of Thomas Paine*, New York, 1945, p. 341.

La tesis de Paine de que la nación y el gobierno democrático constituyen una unidad indivisible disfrutó posteriormente de una vida larga y saludable. La Europa del siglo diecinueve vio la emergencia de dos grandes poderes (Alemania e Italia) basados en el principio de la autodeterminación nacional, la efectiva partición de un tercero (Austria-Hungría tras el compromiso de 1867) por idénticas razones, dos revueltas de los polacos en apoyo de su reconstrucción como un Estado-nación, y el reconocimiento formal de una cadena de Estados independientes más pequeños que exigían representar a sus naciones soberanas, desde Luxemburgo y Bélgica en el oeste hasta los Estados sucesores del imperio otomano en el sureste de Europa (Bulgaria, Serbia, Grecia, Rumanía). Durante nuestro propio siglo, especialmente tras la primera guerra mundial, el principio del "derecho a la autodeterminación nacional" disfrutó una popularidad considerable entre juristas internacionales, filósofos de la política, gobiernos y sus oposiciones, que suponían que si los miembros individuales de una nación lo quieren así, tienen el derecho a liberarse de la dominación de otras naciones, y pueden por ello establecer legítimamente un Estado soberano sobre el territorio en el que viven, y en el que constituyen una mayoría de la población. Desde esta perspectiva, el principio de que los ciudadanos deberían gobernarse a sí mismos fue identificado con el principio de que las naciones deberían determinar su propio destino, y esto a su vez produjo una convergencia del significado de los términos "Estado" y "nación".

"Estado" y "nación" han sido utilizados indistintamente en expresiones oficiales tales como "Liga de Naciones", el "Derecho de Naciones" o "Estado-nación". En el inglés común se usó el término "nacional" para designar cualquier cosa gobernada o regulada por el Estado, tal como servicio nacional, seguro nacional de sanidad o deuda nacional. Tales expresiones refuerzan el supuesto, fácil de rastrear en el siglo XVIII, de que no hay otra forma de definir la palabra nación que como un conjunto de territorios cuya diversas partes reconocen la autoridad del mismo Estado, una concepción tomada de la famosa definición de Karl Deutsch de nación como "un pueblo que posee un Estado"<sup>7</sup>.

El principio de que las naciones deben estar representadas dentro de un Estado definido territorialmente llega hasta nuestros tiempos. En el contexto europeo -por mencionar algunos ejemplos- el nacimiento de "Solidaridad" y la derogación de la ley marcial en Polonia, la dramática revolución de terciopelo de Checoslovaquia, la caída del muro de Berlín ante los sonidos de trompeta del "Nosotros somos un pueblo" ("*Wir sind ein Volk*"), y las sucesivas batallas del gobierno "*Demos*" y sus partidarios de conseguir la independencia de Eslovenia, no pueden ser entendidos simplemente sin una referencia a esta ecuación. Esta poderosa dinámica contribuyó al derrumbamiento del imperio soviético. La Unión Soviética fue un imperio que comprendía diversas nacionalidades, todas ellas sometidas a la dominación política del Partido comunista llamado ruso que aseguró durante siete décadas que las partes federadas de la Unión no tuvieran una autonomía política significativa y evitó que las exigencias de un "comunismo nacional" provocaran una ruptura política respaldada en caso necesario por la fuerza militar.

---

7. DEUTSCH, K., *Nationalism and its Alternatives*, New York, 1945, p. 19.

Este imperio multinacional encubría una contradicción autoparalizante. El Partido insistía en que los sujetos estaban conformes con la definición “rusificada” de las políticas destinadas a realizar el “socialismo”, todas ellas dirigidas constantemente por medio de cuadros nacionales, políticas que promocionaban las culturas nacionales, promovían la educación en la lengua local e incluso hablaban de un eventual acercamiento (*sblizhenie*) y asimilación entre las naciones (*slyanie*). Desde la época de Kruschev en adelante, esta contradicción fomentó no sólo el crecimiento de una *nomenklatura* nacional que gobernaba las repúblicas, particularmente en Trancaucasia y en Asia Central, como feudos controlados por mafias del Partido constituidas por círculos de amigos, por redes de parentesco y sistemas locales y regionales de padrazgo. Esta situación estimulaba también el desarrollo de sociedades civiles que se expresaban en un idioma nacional, que protestaban contra la “rusificación” y los daños ecológicos, que insistían en la industrialización y demandaban “democracia” e “independencia”; de este modo metían una daga en el corazón del sistema imperial estructurado bajo el liderazgo del Partido ruso central<sup>8</sup>.

## 2. IDENTIDAD NACIONAL Y CIUDADANA

El hundimiento del Imperio Soviético bajo la presión de las luchas por la autodeterminación nacional añade peso a la tesis de que un sentido participado de identidad nacional, en Hungría y en Rusia como también en Escocia y Eslovenia, es una precondition básica para la creación y fortalecimiento de la ciudadanía y la democracia. Entendida en términos típicos e ideales, la identidad nacional es una particular forma de identidad colectiva en la que el pueblo comparte una lengua o un dialecto común; habitan un territorio definido y experimentan su ecosistema emocionalmente; y participan de costumbres diversas, que incluye una cierta memoria de su pasado histórico, que lo viven consecuentemente en el presente como el orgullo de gestas nacionales y, si es necesario, viven la obligación de sentirse avergonzados por los errores nacionales<sup>9</sup>.

La identidad nacional así definida es específicamente una invención europea moderna y su importancia política está en que inspira en los ciudadanos un sentido de tener objetivos concretos, así como confianza y sentido de la dignidad que les fomenta el sentido de estar “en casa”. Les hace capaces de descifrar los signos de la vida institucional y cotidiana. La actividad de otros (la comida que preparan, los productos que fabrican, las canciones que cantan, los chistes que cuentan, los vestidos que se ponen, las miradas de sus caras, las palabras que hablan) puede ser reconocida y esa familiaridad dota a cada individuo de una cierta confianza para hablar y para actuar. Consecuentemente, cualquier

---

8. BEYME, K.V., “Social and economic conditions for ethnic strife in the Soviet Union”, en MCAULEY, A., (ed.), *Soviet Federalism and Economic Decentralisation*, Leicester and London, 1991, pp. 89-109; y MICHNIK, A., “Nationalism”, *Social Research*, volumen 58, número 4, invierno, 1991, pp. 757-763.

9. Los contornos de la identidad nacional están bien examinados en SCHLESINGER, P., “On national identity: some conceptions and misconceptions critized”, *Social Science Information*, 26, 2, 1987, pp. 219-264; GELLNER, E., *Nations and Nationalism*, Oxford, 1983; y ANDERSON, B., *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, edición revisada; London y New York, 1991.

cosa extraña no es automáticamente temida; cualquier diversidad existente dentro de la nación es más o menos aceptada como una de sus características constitutivas. Las fronteras entre una identidad nacional y sus "identidades" vecinas (de clase, de género, de religión, de raza, por ejemplo) se definen vagamente y su policía de seguridad y de fronteras son informales y tolerantes<sup>10</sup>. Se acepta incluso que miembros de la misma nación puedan legítimamente estar en desacuerdo sobre el significado y la extensión de su nacionalidad. La tolerancia de la diferencia es posible precisamente porque la nacionalidad proporciona a los miembros de una nación un sentido de pertenencia y de seguridad en sí mismos y en cada uno de los otros: se puede decir "nosotros" y "vosotros" sin sentir que su "yo", su sentido de sí mismo, se pierda.

Siempre que se ha negado el acceso a un sentido participado de la nacionalidad los ciudadanos tienden a experimentar el mundo como enemigo y ajeno, y en el caso extremo de un exilio forzado se experimentan el desgarramiento (*Hauptweh*) desagradable, roedor autocompasivo y autodestructivo, que Thomas Mann y otros describieron, y esto les hace menos capaces para vivir democráticamente. Después de todo, los regímenes democráticos son los que más exigen de los sistemas políticos. A diferencia de todas las formas de gobierno heterónomo, la democracia implica procedimientos para alcanzar decisiones colectivas a través de controversias públicas y de compromisos basados en la participación de las partes interesadas del modo más pleno posible y mejor cualitativamente<sup>11</sup>. Como mínimo, los procedimientos democráticos incluyen el sufragio universal e igual para los adultos dentro de unas circunscripciones con distintos objetivos y tamaños; la regla de la mayoría y las garantías de los derechos de la minoría, que aseguran que las decisiones colectivas se aprueben por un número substancial de aquéllos a los que les afectan; la libertad frente a la detención arbitraria y el principio de legalidad entre los ciudadanos y sus representantes; las garantías constitucionales y políticas, que sirven de garantía de aquellos que han de decidir o elegir a aquellos que deciden lo que se puede hacer entre alternativas reales; y políticas sociales diversas (en campos tales como la salud, la educación, el cuidado de la infancia, salario mínimo), que previenen contra los efectos del mercado y que aseguran que los ciudadanos puedan vivir en igualdad y libertad porque disfruten de sus derechos civiles y políticos fundamentales. Dicho de otra manera, la democracia exige, en cierto modo, la división institucional entre el Estado y la sociedad civil. Una democracia es un sistema de instituciones estructurado de forma abierta, que facilita el control flexible del ejercicio del poder. Es un mosaico social y político de diversos niveles en el que los que toman las decisiones políticas a nivel local, regional, nacional y supranacional tienen asignada la tarea de servir a la *república*, mientras que, por otra parte, los ciudadanos que viven en todos los rincones y esquinas de la sociedad civil están obligados a vigilar para prevenir entre ellos y entre los gobernantes el abuso de sus poderes y la violación del espíritu del patrimonio común.

10. La metáfora espacial de las fronteras es desarrollada por BARTH, F., "Ethnic Groups and Boundaries", en *Process and Form in Social Life: Selected Essays of Fredrik Barth*, London, 1981, pp. 198-227.

11. KEANE, J., *Democracy and Civil Society. On the Predicaments of European Socialism, the Prospects for democracy and the problem of Controlling Social and political Power*, London and New York, 1988 y *The Media and Democracy*, Oxford, 1991.

Aunque la democracia, en este sentido, no requiere de ciudadanos para jugar el papel de animales políticos todo el tiempo, -demasiada democracia puede destruir la propia democracia- es siempre difícil generar o sostener sus propios impulsos. Esa tarea es un hecho aún más arduo en contextos que carecen de tradiciones, las cuales son cuna de las virtudes de la ciudadanía democrática: prudencia, sentido común, independencia, coraje, sensibilidad hacia el poder, el don de hacer y defender los juicios en público, la habilidad para criticar, autocriticar y aceptar la crítica de otros sobre sí, y la capacidad de asociarse con otros en dignidad y solidaridad para resistir la enervante emanación del miedo. Esta última cualidad mencionada es especialmente importante en la transformación democrática de los regímenes despóticos, cuando el miedo del poder corrompe a aquellos quienes están sujetos a él, y el miedo de perder el poder corrompe a aquellos que lo ejercen.

Sacudirse el miedo es siempre una condición básica de la democracia y esto es normalmente apoyado por el sentido compartido de los ciudadanos de pertenencia a uno o más identidades éticas, siendo la identidad nacional uno de los más potentes. El carácter intrépido no es una sustancia que surja naturalmente. Es una forma de coraje o "gracia bajo presión" (Aung San Suu Kyi) desarrollada siempre que las víctimas de las mentiras políticas, la intimidación y la violencia hacen un esfuerzo personal por derribar la corrupción personal y usar sus recursos interiores y exteriores de la educación de sus hábitos en el rechazo a permitir que el miedo dicte sus acciones. "Gracia bajo presión" normalmente precedida y secundada por intentos de institucionalizar la democracia. Para ser efectiva, debe ser practicada en pequeños actos diarios de resistencia que sucesivamente se alimentan del sentido de los ciudadanos que comparten un legado, un hábitat natural, una variedad de costumbres y experiencias históricas.

Tomemos como ejemplo Polonia: la experiencia de más de un siglo de dominación extranjera después de la segregación de 1772, 1793 y 1795, por la cual Polonia quedó dividida entre el imperio ruso, la monarquía austro-húngara, y el reino de Prusia, alimentó una conciencia de identidad nacional entre la nobleza (*szlachta*) de ese país. A lo largo del siglo XIX, los polacos se consideran a sí mismos (y fueron vistos en muchas partes) como combatientes por la libertad de la humanidad, como una nación martirizada por la causa de la libertad democrática. Su sentimiento compartido de ser nación unió la habilidad para actuar "graciosamente bajo presión"; ser polaco significaba el rechazo de ser tiranizado e intimidado por el poder. El líder de la revuelta de 1794, Tadeusz Kosciuszko, amigo de Thomas Paine, fue un héroe para todos los demócratas europeos y su nombre fue celebrado en América e incluso en Australia, cuyas más elevadas montañas reciben su nombre. Las legiones políticas organizadas por Henryk Dabrowski tomaron su eslogan "para nuestra libertad y la suya" (*za nasza i wasza wolnosc*) y patriotas polacos jugaron un papel importante en las revoluciones de 1848 en Hungría, Alemania e Italia. Hoy, la identidad nacional cristalizada en tales experiencias sorprende e incluso deja perpleja a mucha gente que no es polaca. Los polacos son vistos, a veces, como descarados y astutos anarquistas quienes tienen un alma profundamente romántica que se originó en poetas como Adam Mickiewicz, quien consideró a Polonia como el Cristo de las Naciones, crucificado para poder resucitar y redimir al resto de las naciones. Vestigios de tal arrogancia, son sin duda todavía evidentes en diversas partes del espectro político actual en Polonia, especialmente en la llamada para un "Estado Católico de la Nación Polaca".

Pero, globalmente, el fervor mesiánico con el que, ciertamente en el siglo XIX, los polacos reaccionaron ante la desgracia y la opresión, ha retrocedido. Una característica a destacar de la identidad nacional polaca contemporánea es su adopción del lenguaje de la libertad democrática; como Adam Michnik señaló a mediados de 1980, la lucha polaca por la libertad contra la dictadura militar y el imperio comunista fue simultáneamente una lucha por la libertad de la humanidad<sup>12</sup>.

### 3. EL ASCENSO DEL NACIONALISMO

El análisis precedente parece confirmar la doctrina del siglo XIX de la auto-determinación nacional. Ésta surge de Paine y otros que aciertan al pensar que la defensa de “la nación” y la lucha por la democracia contra el despotismo político son idénticas, que cuando soplan los vientos de los sentimientos nacionales, como pájaros hermosos, les crecen las alas y sobrevuelan el camino de la tierra de la independencia. Y, sin embargo, la experiencia de la Revolución Francesa, la cual inspiró los *Derechos del hombre* de Paine, plantea dudas sobre tal conclusión. Por un tiempo, el ascenso de Luis Napoleón parece revelar una debilidad política específica de los franceses. Paine sacó esta conclusión y volvió a América, alas bajo sus brazos. Sólo en nuestro tiempo, después de que la lógica de la Revolución Francesa ha sido en general repetida en tantos países, ha llegado a ser posible percibir el funcionamiento de un nuevo aspecto de la modernidad, la revelación de un proceso en el que la Revolución Francesa demostró ser una línea divisoria fundamental. La Revolución destruyó por siempre la fe en el divino e incuestionable derecho de los monarcas de gobernar e hizo estallar una lucha contra las clases privilegiadas en el nombre de la nación soberana de los individuos libres e iguales. Aquellos que actuaron en el nombre de la nación soberana fueron cada vez más inducidos a resaltar la lealtad a *la patrie*, es decir, las obligaciones de los ciudadanos para su Estado, garante de la nación, al igual que dice ser “una e indivisible”. El lema del *ancien régime*, “Un roi, une foi, une loi” (“Un rey, una fe, y una ley”) fue reemplazado por “La Nation, la loi, le roi” (“La Nación, la ley, el rey”). Desde entonces, la Nación promulgó la ley de la cual se hizo responsable para hacerla efectiva. Y cuando la monarquía fue abolida en agosto de 1792, la Nación llegó a ser fuente titular de la soberanía. “Vive la Nation” gritaban los soldados franceses un mes después en Valmy, mientras se lanzaban a la batalla contra el ejército prusiano. Todo lo que había sido “real” se ha transformado ahora en “nacional”. La nación incluso tuvo su propio emblema, la bandera tricolor nacional, con la que se reemplazó la bandera blanca de la casa de Borbón. El nuevo espíritu del nacionalismo emergió, trayendo consigo la codicia por el poder y la gloria del Estado-Nación lo que finalmente aplastó el potencial democrático de la Revolución. La primera dictadura nacionalista del mundo moderno había nacido.

La formación de un régimen despótico sostenido por llamadas nacionalistas a la nación tuvo un desarrollo completamente nuevo -el regalo griego de Europa a sí mismo y al resto

12. LIPSKI, J.J., “Two Fatherland-Two Patriotisms”, *Survey*, volumen 26, número 4, otoño, 1982, pp. 159-175.

del mundo<sup>13</sup>. Desde entonces, y a pesar de estos impactos extraordinariamente globales, la doctrina del siglo XIX de la auto-determinación nacional ha sufrido una crisis latente, cuya resolución contemporánea necesita tanto una revisión de esta doctrina, como una comprensión compleja de las relaciones entre la identidad nacional y el nacionalismo, como mayor claridad acerca de la naturaleza de los procedimientos democráticos.

Max Weber una vez definió la democracia para beneficio del General Ludendorff, y con su aprobación, como un sistema político en el que la gente elige un líder quien entonces dice, "Ahora cierra tu boca y obedéceme"<sup>14</sup>. La impaciencia ante las continuas presiones y disconformidad de la opinión llevó consigo que en la definición de la democracia se perdiera una de sus características esenciales. Los procedimientos democráticos tienden a maximizar el nivel de reversibilidad o "biodegradabilidad" de la toma de decisiones. Invitan a la discusión y animan a la insatisfacción pública con las condiciones actualmente existentes, incluso de tiempo en tiempo, excitan a los ciudadanos a la cólera y a la acción directa. De acuerdo con los despotismos duraderos -el Portugal de Salazar o la Rusia de Breznev- las cosas son de otra manera. El tiempo parece quedar paralizado. Los individuos continúan naciendo, madurando, trabajando y amando, jugando y peleando, teniendo niños y muriendo, y sin embargo, todo su alrededor permanece inmóvil, petrificado y repetitivo. La vida política llega a ser completamente aburrida.

En los sistemas totalmente democráticos, por contraste, todo está en perpetuo movimiento. Dotados con libertades para criticar y transformar la distribución del poder dentro de las instituciones civiles y estatales, los ciudadanos son catapultados en un estado de intranquilidad permanente con la que pueden hacer frente, bien quejándose, o dando sucesivamente la espalda, pero nunca pudiendo escapar totalmente. La unidad del propósito y sentido de la comunidad de las sociedades pre-democráticas quiebra. Hay diferencia, franqueza y rivalidad entre una pluralidad de grupos de poder para producir y controlar la definición de la realidad. Por lo tanto, hay escándalos públicos que se descubren cuando el público conoce acontecimientos que habían sido guardados en secreto, porque si éstos hubieran sido hechos públicos precipitadamente, no habrían sido cumplidos sin protestas públicas. Bajo condiciones democráticas, el mundo se siente como atrapado por la manera de criticar y la incertidumbre acerca de quién gobierna y quién debe gobernar. Las relaciones existentes de poder son tratadas (y comprendidas) como contingentes, como carentes de las garantías transcendentales de la certeza absoluta y orden jerárquico, como un producto de actores institucionalmente situados ejerciendo un poder dentro y por encima de sus respectivos ambientes.

Es esta cualidad de auto-preguntarse, y autodesestabilizarse de los regímenes democráticos, con la que no sólo proveen de oportunidades a los partidarios de la identidad nacional para hacer llegar su causa a un público más amplio, sino que también aumentan el magnetismo de las ideologías antidemocráticas, tales como el nacionalismo. Las condi-

13. GODECHOT, J., *La Grande Nation*, 2ª edición; París, 1983; HOBBSBAWM, E., *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge and New York, 1990; SETON-WATSON, H., *Nations and States. An Inquiry into the Origin of Nations and the politics of Nationalism*, London, 1977; y ANDERSON, B., *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London, 1975, p. 653.

14. Citado en WEBER, M., *Max Weber: A Biography*, New York and London, 1975, p. 653.

ciones democráticas pueden someter severamente a prueba, el sentido compartido de los ciudadanos de la irrealidad de la realidad y la crónica inestabilidad de sus regímenes, hasta el punto en que ellos puedan ansiar la restauración de la certeza acerca de la "realidad", para la supresión de la diversidad, complejidad y franqueza, dentro y entre el Estado y la sociedad civil. Las democracias nunca alcanzaron un punto de equilibrio homeostático y están continuamente sometidas sobre medios y fines, sometidas a incertidumbres, confusiones y vacíos dentro de programas políticos, y por conflictos latentes y patentes; y todo esto, les hace víctimas de la psicosis post-prisión (Havel), intentos morbosos de simplificar asuntos, de poner un fin al pluralismo e insistir en la Unidad y el Orden sobre todo y sobre todos.

Los acontecimientos de la Revolución Francesa revelaron por primera vez este dinamismo, confirmaron la regla de que siempre los que creen en una asamblea nacional se arriesgan a ser seducidos por el lenguaje y las fantasías de poder del nacionalismo. La distinción entre identidad nacional y nacionalismo -pasada por alto en muchos comentarios sobre el tema, incluyendo *Naciones y Nacionalismo desde 1780* de Eric Hobsbawm<sup>15</sup>- es fundamental en este contexto. El Nacionalismo es el hijo del pluralismo democrático en un doble sentido, tanto en el sentido de la existencia de instituciones abiertas del Estado y de un mínimo de libertades civiles que permiten a los nacionalistas organizar y propagar sus nacionalismos, como en el sentido menos obvio de que la democracia crea inseguridad acerca del poder y a veces miedo y pánico y, por lo tanto, el ansia de algunos ciudadanos de refugiarse en herméticas formas de vida.

En el ámbito europeo, el nacionalismo es uno de los sistemas cerrados de vida, o lo que yo prefiero denominar ideología<sup>16</sup>, más fuertes y atractivos. Como otras ideologías, el nacionalismo está en movimiento ascendente, hambriento de poder y es potencialmente una forma de lenguaje que construye reivindicaciones falsamente universales. Esto supone que es parte del orden natural de las cosas y que la Nación es un hecho biológico, mientras esconde su propia particularidad para enmascarar sus propias condiciones de producción e intenta sofocar la pluralidad de las formas del lenguaje dentro de la sociedad civil establecida y el Estado, en donde el nacionalismo prospera.

El nacionalismo es un animal de carroña. Se alimenta el sentido preexistente de nacionalidad dentro de un territorio concreto, transformando esta identidad nacional compartida en una parodia estafalaria de su antigua identidad. El Nacionalismo es una forma patológica de identidad nacional que tiende (como Milorad Pavic señala en *Diccionario de Khazars*) a destruir su heterogeneidad presionando a la nación dentro de la Nación. El Nacionalismo también aprovecha las ventajas de algunas tendencias democráticas, vagando hambriento a través de la sociedad civil y el Estado, acosando a otras formas de lenguaje universal cuya validez es incuestionable en público y, por lo tanto, se ve, ella misma, como liberada de las contingencias del tiempo y del espacio histórico.

El Nacionalismo tiene un núcleo fanático. Sus límites están salpicados de puestos fronterizos y de policía fronteriza encargados de controlar a los enemigos internos y

15. ERIC HOBSBAWN, *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge, 1990.

16. KEANE, J., "The Modern Democratic Revolution: Reflections on Lyotard's *the Postmodern Condition*", en BENJAMIN, A., (ed.), *Judging Lyotard*, London and New York, 1992, pp. 81-98.

externos de la Nación. A diferencia de la identidad nacional, cuyos límites no están fijos y cuya tolerancia con la diferencia y su apertura a otras formas de vida es cualitativamente mayor, el nacionalismo necesita que sus partidarios crean en sí mismos y que crean que no están solos, que ellos son miembros de la comunidad de creyentes reconocidos como Nación, a través de la cual pueden alcanzar la inmortalidad. El Nacionalismo requiere que ellos y sus líderes-representantes (como Ernest Renan presenta en *Que'est-ce que c'est une Nation?*) participen en "un plebiscito de todos los días". Este nivel de compromiso ideológico asegura que el nacionalismo está dirigido por una voluntad bovina que simplifica los asuntos por la clase de instrucción extendida por Bismarck: "¡Alemanes! ¡Pensad con vuestra sangre!".

Si la democracia es una continua lucha contra la simplificación del mundo, el nacionalismo es una lucha continua por deshacer la complejidad, una voluntad de conocer ciertos asuntos, una ignorancia escogida, no la ignorancia de la inocencia. De ese modo, tiene tendencia a estrellarse contra el mundo, aplastando o estrangulando todo lo que atraviesa estos senderos, defendiendo o reclamando el territorio, y pensando en la tierra como poder y en sus habitantes nativos como un "solo puño" (Ayaz Mutalibov). No siente vergüenza acerca del pasado o el presente, y supone que sólo los extranjeros y "enemigos de la Nación" son culpables. Se deleita en una gloria varonil y llena la memoria nacional con historias de ancestros nobles, de heroísmo y valor en la derrota. Se siente invencible, y ondea la bandera, si fuera necesario, con entusiasmo, ensangrentando sus manos con la sangre de sus enemigos.

El núcleo del nacionalismo -entre las características más peculiares de su "gramática"- es su tratamiento simultáneo de los Otros como todo y nada. Los nacionalistas están asustados y dirigidos por cálculos de amigos-enemigos, padeciendo una enfermedad mental de incapacidad de juzgar, que les convence de que Otra Nación vive de sus propios recursos personales. Los nacionalistas son empujados por el sentimiento de que todas las Naciones están involucradas en una lucha animal por sobrevivir, y que sólo los mejores sobreviven. Casi todo discurso de Jörg Haider de FPO en Austria insinúa que los "europeos del Este" están poniendo en peligro el Estado, la Constitución y la democracia. Los Neo-Nazis, en la nueva mitad de Alemania, gritan "¡Ausländer Raus!", comparan a los polacos con cerdos hambrientos, atribuyen la escasez de bicicletas a los vietnamitas, la falta de comida a los judíos, y acusan a los turcos de tomar posesión de las comunidades alemanas. Los partidarios franceses de Jean-Marie Le Pen avisan sobre la "invasión" árabe en Francia. Los lituanos antisemitas susurran viejas historias sobre los judíos, quienes una vez sacrificaron al Hijo de Dios y usaron su sangre para hacer el pan de la Pascua, y recuerdan similares cuentos sangrientos calumniosos sobre mercaderes de grano judíos y molineros que ponen cristales en su harina para hacer que mujeres gentiles sangren cuando amasen la pasta. Los nacionalistas croatas denuncian a los serbios como Cetniks o como carniceros bolcheviques, quienes asesinan a sus víctimas y mutilan sus cuerpos; nacionalistas serbios responden a su vez, denunciando a los croatas como fascistas Ustase, quienes están decididos a eliminar la Nación serbia. Ambos maldicen a los musulmanes como invasores de la tierra, en la cual han vivido en realidad durante cinco siglos.

A pesar de todo, el nacionalismo no es sólo temor del Otro. También es arrogante,

describe al Otro como basura, como un cero a la izquierda. El Otro es visto como indigno de respeto o reconocimiento porque su mal olor, su extraña comida, sus hábitos antihigiénicos, su ruidosa y arrítmica música y su incomprensible y balbuciente lengua, lo sitúan fuera y debajo de Nosotros. De ahí se sigue que el Otro tiene pocos, si es que alguno, derechos, con independencia de que constituya una mayoría o minoría de la población residente en Nuestra Nación. Es verdad (como Lenin subrayó) que el nacionalismo de una nación invasora debe distinguirse del nacionalismo de aquellos que son invadidos, y que el nacionalismo invasor parece siempre más peligroso y culpable. También es verdad que el nacionalismo puede ser más o menos militante y sus temas sustantivos altamente variables, extendiéndose desde el apego al consumo y una moneda apreciada, hasta formas de separatismo político. A pesar de tales variaciones, los nacionalistas padecen de una arrogancia firme. Ésta los conduce a burlarse y ridiculizar el Otro, a etiquetarlos como moros (*wogs*), *Scheiss* y *tapis*, a discriminarlos institucionalmente, a prohibir el uso público de lenguajes minoritarios (lingüicidio), e incluso en caso extremo a presionar para la expulsión del Otro con el propósito de crear una nación territorialmente homogénea.

Esta homicida *reductio ad absurdum* del nacionalismo salió a la superficie en los márgenes sureños de Europa, durante y después de la primera guerra mundial, con la extirpación masiva de armenios de Turquía en 1915 y, después de la derrota aplastante del ejército griego por el turco en Anatolia en 1922, la expulsión por Grecia de unos 400.000 turcos y una recíproca por los turcos de alrededor de un millón y medio de griegos desamparados y aterrorizados de las tierras de Asia Menor, donde vivieron con otros desde los tiempos de Homero<sup>17</sup>. La expulsión masiva y asesinato de naciones fueron repetidos por Stalin y Hitler, quienes insistieron en la eliminación no sólo de los judíos, a la vez que organizaron el traslado de los tirolese del sur y otros alemanes que vivían fuera de la *Vaterland* a la misma Alemania. El mismo estrafalario y sangriento proceso ha reaparecido últimamente en la defensa armada de las “republicas autónomas serbias” y la ocupación militar por Serbia de Kosovo en la antigua Yugoslavia. De hecho la región de Kosovo demostró ser la prueba del expansionismo serbio, cuyo portavoz nacionalista, cogido entre la arrogancia y el miedo comunes a todos los nacionalistas, atacó a los albanos de Kosovo como sucios musulmanes atrasados que no son una genuina nación (*nacija*) yugoslava sino meramente una nacionalidad (*nacionalnost*) sin importancia de no eslavos, y al mismo tiempo los describió como conquistadores fanáticos, pidiendo “el corte de la mano derecha de todos aquellos que lleven la bandera verde del Islam” (Vuk Draskovic) en la cuna histórica de la nación serbia, donde el rey Lazar y su ejército sufrieron una carnicería mientras defendían la cristiandad y la civilización contra la media luna y la cimitarra del Islam triunfante. Esta misma descripción de los musulmanes como invasores despreciables está actualmente haciendo trizas Bosnia-Herzegovina. Los musulmanes europeos, que son los judíos de finales del siglo XX, son matados, expulsados a punta de pistola de sus hogares incendiados, ejecutados sumariamente en casas cercanas o llevados en grupo a las vías muertas del ferrocarril, plagadas de cadáveres putrefactos, de

---

17. Vid. EDDY, C.B., *Greece and the Greek Refugees*, London, 1991, y MACARTNEY, C.A., “Refugees”, en *Encyclopedia of the Social Sciences*, London, 1931, volumen 13, pp. 200-205.

donde parten hasta los campos de concentración, donde son violados o castrados y donde han de esperar con rostros cadavéricos la llegada de su propia muerte.

## 5. DEMOCRACIA

El nacionalismo es evidentemente un asunto serio y sucio, que en este caso ha terminado con una Yugoslavia destrozada por la fuerza, la desestabilización de los Balcanes y con más de dos millones de refugiados y muchos miles de muertos y heridos. ¿Cómo pueden ser explicados procesos de esta clase?

Contrariamente a la explicación más popular, el nacionalismo no es causado por la periódica reaparición en el corazón humano de instintos atávicos de *Blut und Boden*. Tal énfasis en las raíces primordiales del nacionalismo pone el dedo correctamente en sus más profundas dimensiones emotivas, pero no puede dar cuenta de por qué el nacionalismo aparece cuándo y dónde lo hace. Además, el nacionalismo contemporáneo, sea serbio, francés, inglés o georgiano, no se entiende primariamente en términos neomarxistas como la respuesta política de una burguesía expansionista o sitiada (austromarxismo) o de clases explotadas por el imperialismo capitalista (Tom Nairn) o por la imprudente destrucción creativa de la economía global capitalista (Slavoj Zizek). Dominación de clases, desindustrialización, desempleo y la formación de una nueva subclase de ciudadanos ansiosos son consecuencias contemporáneas de economías estructuradas por la producción e intercambio de mercancías, que no provocan espontáneamente el crecimiento del nacionalismo. Para que eso suceda, tiene que haber al menos algunos elementos de un preexistente y compartido sentimiento nacional que es manipulado y usado públicamente por grupos de poder que adquieren ventaja de la apertura y *déracinement* cultivados por los mecanismos democráticos actualmente existentes.

Si el capitalismo no es totalmente culpable de las tensiones nacionalistas, tampoco lo es el "socialismo real". Las burocracias de los partidos comunistas gobernantes en países tales como Rumanía, Hungría, Eslovenia y Polonia estimularon sin duda tendencias nacionalistas en su esfuerzo por legitimar su permanencia en el poder, pero la conclusión de que el nacionalismo es un producto tóxico del comunismo es injustificada. El nacionalismo (como sugieren la resistencia magiar frente al imperio de los Habsburgo y muchos otros ejemplos) precedió la era del comunismo en el poder durante el siglo XX y, además, en Europa del este y central el nacionalismo ha emergido más enérgicamente en la fase del postcomunismo.

Desde las "revoluciones de terciopelo" de 1989-91, la carta nacionalista ha sido jugada no sólo por los partidos y organizaciones comunistas en la lucha por conservar su poder -Milosevic en Serbia, Kravchuk en Ucrania e Iliescu en Rumanía son ejemplos. También ha sido usada frecuentemente por los oponentes anticomunistas del *ancien régime* -Gaamsakhurdi en Georgia, Tudjman en Croacia y Yeltsin en Rusia-, quienes en relación con esto comparten algo de importancia fundamental con sus enemigos comunistas. Ambos grupos han aprendido que en las primeras etapas de la democratización, cuando los anticomunistas carecen de dinero y los comunistas de ideas y convicción, el nacionalismo puede calentar corazones, cambiar mentes y ganar votos, alentando a los ciudada-

nos a abrazar una identidad que amortigua y borra su sensación de inutilidad, alienta la "solidaridad del culpable" (Siklova) y les da el sentimiento de protección contra la desorientación y desequilibrio producidos por los primeros pasos hacia la democracia.

La estrecha relación entre identidad nacional, nacionalismo y democracia no autoriza ni la solipsista conclusión de que la identidad nacional, la "materia prima" del nacionalismo, es una fuerza patológica, obsoleta, condenada al fracaso, que mientras tanto es muy poco considerada lo mismo por observadores que por ciudadanos; ni la deducción trágica de que la democracia es de alguna forma la "causa" fundamental del nacionalismo y que por lo tanto el poder del nacionalismo sólo puede ser debilitado abandonando la democracia. Las interpretaciones monistas del nacionalismo (así como de cualquier otro fenómeno examinado por las ciencias sociales) son inadecuadas precisamente a causa de su unilateralidad. Es por eso que la nueva tesis presentada aquí no pretende reemplazar las existentes explicaciones del nacionalismo sino *complicar* nuestra comprensión de una fuerza de importancia fundamental en la Europa moderna.

Entre las probables víctimas de esta nueva interpretación está la tesis de Paine de que la defensa de la identidad nacional es una condición básica del gobierno democrático y la visión correspondiente, defendida por Woodrow Wilson, Mazzini y el mismo Paine, de una sagrada alianza de naciones autónomas que trabajan en armónico compañerismo para el bien común de la humanidad. Esta visión era al mismo tiempo demasiado simple y demasiado peligrosa. No veía la diferencia entre identidad nacional y nacionalismo, subestimaba el potencial antidemocrático de la lucha por la identidad nacional, no prevenía la mortífera *reductio ad absurdum* del nacionalismo; y por estas tres razones sólo ha dejado actualmente tras de sí un rastro de confusión sobre la apropiada relación entre identidad nacional e instituciones democráticas.

## 6. ¿AUTODETERMINACIÓN NACIONAL?

Esta confusión no puede ser aclarada con argumentos especulativos como los que concluyen que "el nacionalismo es la ideología del siglo veintiuno" (Conor Cruise O'Brien) o los de sus oponentes que confían en la igualmente muy gastada conclusión de que "la Lechuza de Minerva revolotea ahora sobre las naciones y el nacionalismo" (Hobsbawm). Tales generalizaciones subestiman las desiguales pautas de distribución del nacionalismo europeo, simplifican sus múltiples causas y hacen caso omiso del problema normativo y estratégico de cómo desarmar al nacionalismo. Tal y como lo veo, hay una urgente necesidad de estirar los límites de la sociológica y democrática imaginación contemporánea, de pensar diferentemente los entrelazados problemas de nacionalismo, identidad nacional y democracia y de considerar cómo los límites de la democracia pueden ser superados en la práctica inventando nuevos métodos que eviten el crecimiento de las propias frutas venenosas de la democracia.

Resolver los problemas del nacionalismo por métodos democráticos es posible pero no fácil. La tesis presentada aquí es que ya que los mecanismos democráticos facilitan la transformación de la identidad nacional en nacionalismo, la democracia es mejor servida abandonando la doctrina de la autodeterminación nacional y considerando un sentido

compartido de identidad nacional como una legítima pero *limitada* forma de vida. Esta tesis contiene un corolario paradójico: la identidad nacional, un soporte importante de las instituciones democráticas, es preservada mejor restringiendo su ámbito en favor de identidades *no nacionales* que reducen la probabilidad de su transformación en nacionalismo antidemocrático.

En el contexto europeo es ahora posible concebir -siguiendo esta tesis- un grupo de cuatro mecanismos interdependientes que juntos pueden contener la fuerza del nacionalismo y que al mismo tiempo garanticen a los ciudadanos el acceso a sus identidades nacionales respectivas:

1.- El primero de estos remedios es descentrar las instituciones del Estado-nación mediante el desarrollo de redes interconectadas de instituciones sub-nacionales y supra-nacionales democráticamente responsables. Su efecto combinado, si hace responsables a sus ciudadanos, podría mejorar la efectividad y legitimidad de las instituciones del Estado y, más directamente, complicar las actitudes del poder político, al reducir el campo de maniobras de los Estados-nación y frustrar la fantasía nacionalista de asegurar las naciones a través de estados soberanos fuertes que están preparados en principio para emprender una guerra contra sus vecinos o aplastar a sus enemigos internos en nombre de la protección o salvación nacional.

En efecto, este remedio implica renovar -pero al mismo tiempo democratizar- los modelos más complejos de poder político típicos de finales de la Edad Media y principios de la Edad Moderna. El proceso moderno de formación del Estado europeo trajo consigo el eclipse de numerosos centros de poder -ciudades libres, principados, provincias, feudos y asambleas deliberantes- de tal forma que las aproximadamente quinientas unidades de poder que salpicaban la región en 1500 se redujeron a 25 unidades aproximadamente en 1900. Un síntoma de esta "dispersión" del poder político es el renovado interés en el gobierno local como foro flexible para dirigir la política local y administrar las políticas locales de forma competente, en parte como respuesta a la crisis de eficacia de una política macroeconómica y la crisis del Estado del Bienestar en la Europa occidental<sup>18</sup>.

El mismo descentramiento del Estado nación "hacia abajo y hacia los lados" (downwards and sideways) es evidente en el fuerte desarrollo de las ideas y del poder regionales en áreas como Cataluña, Wallonia, Emilia-Romagna, Andalucía, Escocia y el País Vasco. Especialmente notable es el rápido crecimiento y el éxito competitivo de las regiones industriales en las que redes interdependientes de empresas se encuentran en un proceso de doble convergencia. Las grandes empresas intentan descentralizarse cada vez más en redes menos rígidas de unidades operativas, empresas subsidiarias y subcontratistas que produzcan productos más especializados mediante métodos más flexibles de producción. Mientras tanto, las pequeñas empresas intentan constituirse adoptando las formas de financiación, facilidades de marketing, investigación y desarrollo que las grandes empresas habían desarrollado anteriormente y que ahora son suministradas cada vez más al nivel regional<sup>19</sup>.

18. BATLEY, R., y STOKER, G., (eds.), *Local Government in Europe: Trends and Developments*, London, 1991.

19. Vid. SABEL, C., "Flexible specialisation and the reemergence of regional economies", en HIRST, P. y ZEITLIN, J., (eds.), *Reversing Industrial Decline? Industrial Structure and Policy in Britain and her Competitors*, Oxford, 1989, pp. 17-70.

Finalmente, la tendencia hacia una *Europa de las regiones* ha sido complementada con el crecimiento acelerado de instituciones políticas supranacionales como el Parlamento Europeo, el Consejo de Europa y el Tribunal Europeo de Justicia. A una fase inicial de pruebas con negociaciones intergubernamentales le ha seguido un proceso de elaboración de tratados y un avance hacia la unión política y jurídica que, aunque con un alto carácter antidemocrático, es probable que se demuestre tan crucial para el orden político de Europa como lo fue el Congreso de Viena en 1814, el Tratado de Versalles en 1919, o la Conferencia de Yalta en 1945.

A los Estados miembros de la Comunidad Europea cada vez más se les exige que acepten el *acervo comunitario* ("*acquis communautaire*"), el conjunto de tratados, leyes y directivas que han sido acordadas por sus autores; existe un cambio relativo e incesante en el proceso de elaboración normativa desde el consenso hacia la mayoría cualificada; y, como consecuencia de ello, un incremento acelerado de la legislación europea en todos los campos. En 1970, por ejemplo, el Consejo de Ministros, en el cual cada gobierno miembro tiene un representante, adoptó 345 reglamentos, decisiones y directivas (los tres tipos de legislación comunitaria); en 1987 la suma total alcanzó el número de 623, y ha ido aumentando desde entonces. Desde normas sobre calefacción central y vivienda hasta la pureza de la cerveza y del vino, la limpieza de las playas y las condiciones de empleo de la mujer, la población de la CE se ha visto afectada y ordenada de una manera creciente por la integración política europea. Este proceso razonablemente acelera el declive de la soberanía del Estado-nación y facilita el nacimiento de una Europa post-nacional, en el sentido de que aumenta la presión sobre los movimientos, partidos, gobiernos y líderes nacionalistas para que reconozcan el hecho y la legitimidad de poderes políticos compensadores (que actúen como contrapeso) incluso en materias tan sensibles como la "política económica nacional" y en la resolución de los llamados "conflictos nacionales".

2.- La formulación y aplicación de las garantías jurídicas reconocidas internacionalmente a la identidad nacional es un elemento vital en el declive de la soberanía del Estado-nación. Las bases de estas garantías jurídicas fueron sentadas en las cuatro Convenciones de Ginebra que comenzaron en 1929 y han sido expresadas de una forma concluyente en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, ratificada por las Naciones Unidas en diciembre de 1948: "Toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, *origen nacional* o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición". (La cursiva es mía).

Las recientes propuestas Badinter para resolver la crisis yugoslava extienden y refinan este principio de garantizar el derecho a la identidad nacional por medio de la supervisión internacional, apartándose así de la vieja máxima de Paine de que toda soberanía pertenece a la nación territorialmente delimitada. El informe de la CE coordinado por el antiguo Ministro de Justicia francés y Presidente del Tribunal Constitucional de Francia, Robert Badinter, pidió que se solicitara el reconocimiento a la CE de la estatalidad de las distintas repúblicas yugoslavas, y poco después recomendó el reconocimiento de Eslovenia, Croacia y Macedonia sujeto a la aceptación por parte de sus gobiernos de las garantías formales de las libertades civiles y políticas de las minorías nacionales, la aceptación de los acuerdos

internacionales sobre control de armas, y la no modificación por la fuerza de los límites existentes del Estado-nación.

El informe, aplicado sólo en parte, ha tenido implicaciones transcendentales en los temas de la nacionalidad, el nacionalismo y la democracia. Supone que los gobiernos tienen una obligación primaria de respetar los deseos de sus pueblos, pero no cae en la vieja premisa de que cada nación requiere un Estado soberano que abarque el territorio en el que vive. "Donde el sentimiento de la nacionalidad exista con alguna fuerza", escribía J.S. Mill, "allí existe un caso *prima facie* para unir a todos los miembros de una nacionalidad bajo el mismo gobierno, y un gobierno aparte para ellos". El informe Badinter localiza una peligrosa dificultad que se encontraba escondida en esta temprana doctrina moderna de la autodeterminación nacional: si los límites políticos de la tierra han de fijarse por el criterio de la nacionalidad entonces, dado que las naciones no están completamente de acuerdo (¿por qué si no tienen los Estados fronteras?) y no viven en entidades geográficas separadas, las disputas sobre las fronteras no tendrían final. Toda frontera es vista necesariamente como errónea y como capaz de mejorarse a través de la anexión de algún territorio exterior en el que viva alguien en la propia nación; y dado que esta anexión tiene que ser impuesta normalmente por el conquistador sobre el conquistado, la lucha por la "autonomía nacional" contiene la semilla de la "limpieza territorial", agresiva y pujante, la destrucción y la guerra. El informe entiende correctamente que en el contexto europeo las guerras civiles provocadas por las presiones nacionalistas, más que las guerras entre estados-nación homogéneos, se ha convertido en la mayor amenaza para la estabilidad regional.

El informe Badinter recuerda también a los europeos el carácter cada vez más multinacional de sus Estados. En efecto, la mayoría de los Estados europeos han sido siempre multinacionales, pero recientemente este hecho ha sido acentuado por las migraciones a gran escala. La entrada permanente en la Europa occidental de más de 15 millones de personas extracomunitarias durante el último medio siglo ha asegurado que los Estados mono-nacionales ya no existan, y que incluso las sociedades civiles más antiguas y más "homogéneas" culturalmente de países o regiones como España, Inglaterra, Portugal, Francia y Alemania sean ahora mosaicos verticales de nacionalidades que no aceptan humildemente su posición como satélites de la identidad nacional actualmente dominante. El informe pone en tela de juicio la inicial suposición moderna de que las lealtades nacionales son exclusivas y de que la democracia es, por tanto, sólo posible en un Estado nacionalmente homogéneo.

El informe apela, en cambio, a un nuevo compromiso entre naciones dentro de los Estados. Pone de manifiesto que el funcionamiento pacífico y democrático de los estados y sociedades europeas necesita tener confianza en la instancia supra-nacional y en sus mecanismos de coerción. Esto conduce a la urgencia de reconocer el nuevo principio, según el cual las distintas naciones de cada Estado particular tienen derecho a su nacionalidad y a vivir de manera diferente como libres e iguales. El informe Badinter "despolitiza" y "desterritorializa" la identidad nacional. Retoma algunos puntos de vista del siglo XVIII, defendidos por pensadores como Burke y Herder, para quienes la nacionalidad queda mejor comprendida como una entidad cultural, es decir, como una identidad perteneciente a la sociedad civil y no al estado. Concibe (el informe) la identidad nacional

como una titularidad *civil* de los ciudadanos. La restricción o intento de abolición de dicha titularidad, aun cuando sea llevada a cabo abiertamente por los Estado en nombre de las más elevadas formas de la solidaridad humana o de la protección de “la esencia de la identidad nacional” (Isaiah Berlin), sólo sirve para provocar el estallido del resentimiento, el odio y la violencia entre los grupos nacionales.

3.- Igual importancia reviste, como garante de la identidad nacional y de la democracia frente al nacionalismo, un factor que escasamente ha sido objeto de discusión en la literatura de este tema: el desarrollo de un mosaico pluralista de identidades dentro de la sociedad civil. Este tercer antídoto contra el nacionalismo es tan efectivo como paradójico. Supone que la supervivencia y el florecimiento de la identidad nacional es sólo posible en el seno de una sociedad civil auto-organizada que, sin embargo, ofrece a los ciudadanos espacios para actuar sobre *otras* identidades escogidas o heredadas. Así se *limitará* el probable rol de la identidad nacional en el funcionamiento global del Estado, de las instituciones civiles y partidos políticos, medios de comunicación y otros elementos de mediación. La paradoja guarda un sorprendente paralelismo con la cuestión de la tolerancia religiosa. La práctica de una religión particular en una sociedad multi-religiosa requiere -si se pretende evitar el fanatismo o el derramamiento de sangre- el principio de libertad de culto religioso, que en la práctica supone el reconocimiento de la legitimidad de *otras* religiones y, de ahí, la necesidad de la secularización que al mismo tiempo garantiza la libertad de *no* tener ninguna religión. La misma máxima debería aplicarse a las cuestiones de identidad nacional, pues está claro que, tanto para el modelo institucional de Estado como para la sociedad civil, únicamente en lo tocante al principio de identidad nacional significa privilegiar un aspecto de la vida de los ciudadanos devaluando otros y contradiciendo el pluralismo tan decisivo para una sociedad civil democrática. Se ofrece, de este modo, a aquellos ciudadanos una nación centralizada y unidimensional, y proclive, por ello, al surgimiento del nacionalismo.

El efecto asfixiante de la política en Croacia, centrada en torno al concepto de nación, ha sido certeramente descrito por Slavenka Drakulić: “El nacionalismo se ha impuesto al pueblo como una camisa inadecuada. Puedes apreciar que las mangas son demasiado cortas y que el cuello queda demasiado ajustado. Puede que no te guste el color y que la tela pique. Pero la llevas porque no hay otra. A nadie se le permite *no* ser croata”<sup>20</sup>. El punto de vista contrario consiste en que una sociedad civil abierta y que se gobierne a sí misma, protegida por diversos niveles de instituciones estatales, requiere el cultivo de un complejo hábitat de espacios seguros en los que los ciudadanos puedan protegerse a sí mismos contra los peligros del “desarraigo” en una democracia, aprendiendo a pertenecer a una diversidad de organizaciones que les permita echar raíces. Así podrán preservar la memoria particular del pasado, un instrumento de estabilidad del presente y las expectativas individuales para el futuro. Estos espacios podrán más adelante contrarrestar las presiones nacionalistas ayudando a los ciudadanos a superar su propio parroquialismo. Los ciudadanos, mediante su participación en las organizaciones de ámbito local de la sociedad civil, encuentran el cuidado más efectivo de su localismo aprendiendo de un

---

20. DRAKULIC, S., “The Smothering Pull of Nationhood”, *Yugofax*, 31, Octubre 1991, p.3.

mundo más amplio y ven, al mismo tiempo, que su sentimiento de la identidad nacional -pensando y sintiéndose a sí mismos como alemanes, irlandeses o turcos- no es esencialmente superior al de otras naciones, y que la nacionalidad es sólo una posible identidad entre otras.

4.- La mayor dificultad, quizás, para conseguir un antídoto contra el nacionalismo es el fomento de una sociedad civil *internacional* en la que ciudadanos de diferentes nacionalidades puedan entremezclarse. Esto, al menos, pone de manifiesto una mínima sensación de entendimiento y respeto mutuos y genera un sentimiento de solidaridad especialmente en tiempos de crisis, por ejemplo, durante los desastres naturales, el hundimiento de la economía o las graves alteraciones políticas.

En la segunda mitad del siglo XVIII, estos lazos de amistad entre ciudadanos de diferentes naciones recibieron el apelativo de cosmopolitismo. La exposición a contactos foráneos se produjo mediante una variedad de formas, en parte coincidentes y a veces de manera contradictoria: jóvenes enviados al extranjero para estudiar; extranjeros invitados y bien recibidos como profesores; el episodio de las guerras europeas que retuvo a "nacionales" de cualquier parte en Europa; el aumento del número de contactos entre las clases "respetables" y las regulares relaciones diplomáticas con las cancillerías; la expansión del comercio; la cada vez más rápida y amplia circulación de modas filosóficas extranjeras, cartas, instrucción, vestido e intercambio social. Está todavía por escribirse una historia del cosmopolitismo del siglo XVIII, pero está claro que en los escritos de Pietro Verri, Immanuel Kant, Thomas Paine y otros el "verdadero cosmopolita" y el "patriota leal" eran una y la misma figura<sup>21</sup>. Se advirtió que no había contradicción entre sentirse ciudadano de un mundo más amplio (nb. en griego *kosmopolites* se toma de *Kosmos*, mundo, y de *polites*, ciudadano) y querer iluminar y transformar esa pequeña esquina del mundo europeo donde uno nació o donde había sido traído por el destino para vivir, trabajar, amar y morir. La fase del temprano cosmopolitismo moderno declinó pronto. Paine continuó defendiendo, hasta su último aliento, la causa de la democracia republicana por todo el mundo y Kant todavía miraba la historia del mundo *in Weltbürgerlicher Absicht*, pero estas figuras se hallaban entre las últimas voces de una era que declinaba. Con la Revolución Francesa finalizó la etapa del cosmopolitismo y ocupó su lugar el nacionalismo, el edificio del Estado-nación y la rivalidad Estado-nación. Algunos continuaron trabajando a favor del "internacionalismo" guiados por el principio según el cual "a medida que se desvanece el antagonismo entre las clases dentro de la nación, desaparecerá la hostilidad de una nación contra otra" (Marx y Engels). Pero despacio y certeramente el término *patriota* se recargó de todo el odio y el amor del nacionalismo moderno, mientras que el término *cosmopolita* se convirtió en el símbolo de una unidad política ideal que en la práctica nunca pudo alcanzarse.

21. El caso italiano es examinado en VENTURI, F., *Italy and the Enlightenment. Studies in a Cosmopolitan Century*, New York, 1972. Vid. también SCHLERETH, T.J., *The Cosmopolitan Idea in Enlightenment Thought: Its Form and Function in the Ideas of Franklin, Hume and Voltaire, 1694-1790*, Notre Dame and London, 1977; LEMBERG, E., *Geschichte des Nationalismus in Europa*, Stuttgart, 1950, pp. 123-127; TEXTE, J., *Jean Jacques Rousseau and the Cosmopolitan Spirit in Literature: A Study in the Literary Relations between France and England during the Eighteenth Century*, London and New York, 1899.

Una cuestión teórica y política apremiante en la Europa de hoy es si se está desarrollando una nueva forma de cosmopolitismo antiguo vinculada con el proceso de integración política supranacional en el oeste y, con el iniciado desmantelamiento de los regímenes totalitarios, en la mitad del centro-este de Europa. ¿Es posible o real el desarrollo de una sociedad civil internacional en Europa? Raymond Aron está entre quienes han respondido negativamente sin paliativos: "Los derechos y deberes que en Europa, como en cualquier otra parte, son interdependientes, difícilmente pueden llamarse multinacionales. De hecho, son nacionales en su quintaesencia... Aunque la Comunidad Europea tiende a garantizar a todos los ciudadanos de sus estados miembros los mismos derechos económicos y sociales, no existen tales entes denominados "ciudadanos europeos". Sólo hay ciudadanos franceses, alemanes o italianos"<sup>22</sup>.

La conclusión de Aron no se basa únicamente en la tautología jurídica de que los individuos sólo pueden llegar a ser ciudadanos por su pertenencia a un estado soberano que es el único garante de los derechos y deberes de la ciudadanía. No tiene en cuenta tampoco el desarrollo de los estados y sociedades multinacionales ni la tendencia hacia la definición de los derechos de la ciudadanía *europaea*, accesible a todos los que viven dentro de la región europea. Cuando el Tratado de la Unión de Maastrich sea finalmente ratificado y aplicado, esta tendencia se verá enormemente consolidada. Los ciudadanos de cualquier estado residentes en otro Estado miembro tendrá el derecho a votar y a presentarse como candidato en las elecciones locales y al Parlamento europeo. Los ciudadanos disfrutarán de los derechos de información fuera de sus fronteras, de petición al Parlamento y a hacer uso del Ombudsman parlamentario. Y cuando viajen tendrán el derecho a la protección diplomática plena por parte de cualquier Estado miembro de la Comunidad Europea.

Estos derechos previstos constituyen una evidencia más de que Europa -al menos la Europa comunitaria- está siendo testigo del nacimiento lento, no planificado, ciego y doloroso de una nueva especie de animal político: el ciudadano europeo. Sin embargo, esta ciudadanía no está todavía constitucionalmente garantizada. Su estatus "informal" o pre-jurídico no la hace completamente visible, asegura su validez como ideal normativo y la hace vulnerable a las tendencias contrarias. El hábitat de este nuevo ciudadano europeo es una extensa sociedad civil internacional de contactos personales, comunicaciones, congresos, movimientos sociales, partidos políticos, pequeños negocios y grandes empresas, amistades y foros locales y regionales. Dentro de este hábitat no gubernamental los individuos de diversas naciones y creencias se benefician de las nuevas tecnologías comunicativas -fax, contestadores automáticos, satélites de radiotelevisión- que rompen las barreras aparentemente "naturales" de la distancia física y de las fronteras nacionales, incrementan la movilidad física y cultural, y que incluso simulan la posibilidad de estar simultáneamente en dos o más lugares. Los nuevos ciudadanos europeos se entremezclan más allá de sus fronteras con variados propósitos sin hacer culto a los orígenes nacionales, a la identidad nacional o a la extranjería. Estos ciudadanos ven y sienten la importancia del *metaxu* (Simone Weil). Valoran "nidos", como la identidad nacional, en los que son

---

22. ARON, R., "Is Multinational Citizenship Possible?", *Social Research*, Invierno 1974, pp. 652-653.

abrigados y acogidos y en los que adquieren confianza en sí mismos. Sin embargo, también reconocen el carácter del Otro como un derecho y una obligación para todos. Estos nuevos ciudadanos sostienen que en el mundo contemporáneo la identidad es más una cuestión política y de elección que del destino o de la suerte. Tienen una reacción alérgica al nacionalismo y una identificación profunda por la gente que sufre discriminación o el exilio forzado de sus naciones o territorios. Son humildes respecto a su identidad nacional, interesados en los otros, preocupados por su bienestar y, en consecuencia, no están dispuestos a consentir los sentimientos de venganza y satisfacción narcisista característicos de los nacionalistas. Los ciudadanos europeos son los últimos cosmopolitas modernos.

No hay duda de que la internacionalización de la sociedad civil es destruida por el nacionalismo y por la guerra genocida, como la de la Europa de los Balcanes, donde para mucha gente la vida diaria es hoy el infierno de la expulsión de los no-ciudadanos, el terror y el derramamiento de sangre. Los cambios sociales también pueden ser restringidos y sofocados por el poder de las corporaciones transnacionales (tales como Ford, Volkswagen y Sony) que intentan coordinar sus mercados nacionales y dominar la vida social europea a través de una administración centralizada, impulsada por la idea del beneficio. Es también cierto que los xenófobos y otras fuerzas antidemocráticas están tomando ventaja en el nuevo hábitat europeo. No obstante el crecimiento de un amplio intercambio en Europa entre ciudadanos, cuyas concepciones políticas son predominantemente republicanas y democráticas hay que situarlo entre los acontecimientos más significativos de la Europa contemporánea. En estos intercambios hay pocas huellas de la lucha política marxista de clases y de los sueños del siglo XIX de abolición de las instituciones estatales; y el nacionalismo es considerado como un anatema. Por otra parte, subyace la creencia de que Europa, desde el Atlántico a los Urales y también el mundo que hay más allá, debería ser un abrigo de muchos colores, una región marcada por un precario equilibrio entre gobernantes y ciudadanos, no violento, pero con todo permanentemente contestado.

A veces, este nuevo republicanismo democrático se hace explosivo dramáticamente como en las revoluciones de terciopelo de 1989-1991. En otros momentos, se expresa mediante vagas referencias a los derechos y deberes de la ciudadanía más allá de las fronteras (como en el Tratado de Maastrich). Pero la mayoría de las veces, la formación de una sociedad civil europea es un proceso dramático, casi invisible que no parece digno de atención para periodistas, intelectuales y políticos. Esto requiere, ciertamente, una investigación sociológica detallada. ¿Podría suceder que esta ciudadanía europea, teniendo en cuenta que no ha sido abortada y que va a ser alimentada por medio de garantías políticas y jurídicas, será el mejor antídoto hasta ahora inventado contra los peligros del nacionalismo y de las paradojas de la democracia?